

capítulo I

(2015) Ni en mis más delirantes sueños, jamás pudiera haber imaginado la fantástica sorpresa que me aguardaba en Polonia este último verano. Mi esposa Sofía y yo nos preparamos para viajar a su tierra, cumpliendo un agradable compromiso adquirido años atrás con una querida y maravillosa familia, de clase medio-alta, compatriotas de ella, con el fin de asistir a la boda de Dominika, su hija mayor. Una hermosísima y simpática joven muy querida por nosotros, y a la cual conocimos hace años por mediación de nuestro sobrino Jacek (pronúnciese Yacek), gran amigo de la infancia y compañero de estudios de su padre y, asimismo, padrino de su hermana menor, Ágata.

Domi es una enamorada de nuestra tierra por la intercesión de Jacek, así como una asidua pupila en nuestra casa de Puerto Sagunto, pues aquí residió esporádicamente a lo largo de su época de estudiante, y en las vacaciones de los últimos años. Añadiendo a todo ello, el periodo del programa *Erasmus* que realizó en Valencia. Algún año nos visitó acompañada de sus padres y hermana. Domi está muy feliz e ilusionada y desea fervientemente que acudamos a

Polonia para acompañarla en el día más importante de su vida. Aquello que en el pasado solo era una buena y bella relación de sincera amistad, se fue tornando en cariño, y hemos llegado a quererla como a un miembro más de la familia, un sentimiento que es mutuo entre ambos, un precioso regalo que Jacek, antes de partir de este mundo, nos dejó de por vida.

A diferencia de otras mujeres, a Sofía no es necesario rogarle ni obligarla para que salga de casa, le encanta viajar, siempre está dispuesta. Pareciera como si estaciones y aeropuertos fuesen su hábitat natural, se mueve en ellos como pez en el agua. Le gusta el avión, el barco, el tren, todos los medios de transporte, nunca se cansa, nunca se aburre, goza y disfruta de los desplazamientos como si fuera la primera vez, como un niño; cualquier viaje por breve que sea, le divierte y la llena de ilusión. Siempre que podemos y nuestra economía nos lo permite, nos regalamos unas merecidas vacaciones por nuestra cautivadora España o visitamos otro país extranjero que nos resulte interesante. El último «salto» lo dimos por el norte de Italia hace dos años, por primavera, donde quedamos prendados de las bellas ciudades de Venecia, Padua, Verona...

Alegres como un cascabel, cargamos las maletas de ropas y regalos, de ilusión y esperanza en los magníficos días que nos esperaban. Marco —nuestro hijo— llegó a comentar zumbón que parecíamos *boys scouts* preparando una

excursión a la Patagonia. A media mañana, nuestra hija Sofía nos acercó en su coche a la estación del ferrocarril de Sagunto, donde tomamos puntualmente el *Talgo* Valencia-Barcelona. Después de un tranquilo y apacible viaje hasta la estación de Sants, realizamos un oportuno enlace en Metro con el aeropuerto del Prats. Embarcamos en el avión esa misma tarde; gozosos y contentos como chiquillos, volamos rumbo a Polonia dispuestos a pasar unas soberbias vacaciones con la familia de mi señora —y mía, por supuesto—, después de diecisiete largos años de ausencia por mi parte. Sofía suele viajar con más frecuencia, a veces por gusto, otras obligada por celebraciones o duelos, a esa su encantadora y añorada patria materna a la que tanto queremos y a la que nos gustaría poder volver más a menudo.

El recibimiento en el aeropuerto de Gdansk, la antigua Danzig, una ciudad que perteneció a Alemania y que en 1939 sirvió de pretexto y detonante a Hitler para desatar la Segunda Guerra Mundial, estuvo cargado de alegría y emotividad por ambas partes. Renata, nuestra cuñada, y su hija Dorota, que para agasajar a su tía portaba un gigantesco ramo de flores como es tradición por aquellos lares, consistente en media docena de girasoles como la «*txapela* de un vasco» y una longitud de tallo cercana a un metro. Luego de fundirnos en abrazos e intercambiar besos y achuchones que se mezclaban con las flores y las risas, añadimos a todo ello el amor y el cariño a flor de piel que trasladábamos

para ellas desde España después de tanto tiempo sin vernos. Nos acomodamos los cuatro y las voluminosas valijas en el coche nuevo de Dorota, un amplio 4x4 de última generación. El mismo coche con el que en septiembre del año pasado, ella y su pareja Adams —recogiendo el testigo de la mano de Jacek— se desplazaron hasta nuestra casa de Puerto Sagunto para disfrutar de unos maravillosos días de vacaciones y, asistir de paso, a la boda de nuestra hija Sofía: su prima hermana. Y sin más preámbulo ni pérdida de tiempo, nos pusimos en marcha en dirección a la casa de Jacek, en Gdynia (ciudad natal de Sofía), distante del aeropuerto Lech Walesa poco más de veinte kilómetros.

En el preciso momento de enfilear la carretera en dirección a la ciudad que le vio nacer, sin saber bien el porqué, sin yo pretenderlo ni desearlo, pero no por eso casual, se vino a mi mente Jacek, nuestro querido Jacek, nuestro añorado Jacek, el ausente, el recordado, nuestro sobrino bien amado, fatalmente desaparecido, pues en la próxima Navidad se cumplirán cuatro años de su partida debida a un traicionero cáncer de pulmón que en poco tiempo acabó fulminantemente con su vida, y de cuya llorada pérdida, nadie que llegara a tratarlo y conocerlo a lo largo de su efímero paso por este mundo, ha podido olvidarlo ni recuperarse todavía.

Cuando Jacek nació en 1963, sus jóvenes padres, Walter y Renata, vivían en la casa familiar junto a los abuelos y

las tías, Marianna y Sofía, mientras esperaban pacientemente que el gobierno comunista de Polonia les adjudicase un piso. Jacek fue el primer hijo, nieto y sobrino en venir al mundo en aquel modesto y feliz hogar, y también un bebé precioso, querido y cuidado juguete emocional de toda la familia. A la temprana edad de tres años, como era preceptivo por ley, ingresó en la escuela de parvulitos, y dado que sus padres trabajaban, la tía Sofía lo cuidaba y lo recogía del cole por las tardes, le limpiaba los mocos y le daba la merienda. Una niña atrevida y valiente que hacía de tía, de mamá y de hermana mayor, pues solo tenía siete añitos más que Jacek. Y a partir de ahí, la tía Sofía fue y se comportó en todo momento como una amorosa hermana mayor, estableciéndose entre los dos una relación de complicidad y un fuerte vínculo de amor filial que duró toda su vida y que perduraría para siempre.

Nuestro sobrino Jacek fue en vida una persona excepcional, un magnífico estudiante, un hijo extraordinario, un amante hermano, y para nosotros, el sobrino ideal. Enamorado de España y todo lo relativo a ella, pues desde bien joven aprovechaba la menor excusa relacionada con su trabajo, o no, para hacer una escapada hasta el Puerto Sagunto, donde lo adorábamos. Como buen marino, amante del Mediterráneo, de nuestro sol y de nuestras playas, era impulsivo y espontáneo, el mejor propagandista y relaciones públicas en promocionar por el ancho mundo las ventajas y el carácter amable de nuestro país.

Por su carácter convenció y persuadió a muchas familias polacas, amigos y compañeros de trabajo, de la bondad de disfrutar sus vacaciones en España, muchas veces acompañando y sirviendo de cicerone e intérprete a los más despidados. Cómo disfrutaba mostrando las ruinas de las imponentes murallas y explicando la Historia y el asedio a la ciudad de Sagunto en el año 219 a. C. por parte de los ejércitos del general cartaginés Aníbal Barca. Poco a poco iba desvelando con sus explicaciones veraniegas a amigos y compatriotas las bellezas arqueológicas y las peculiaridades del castillo romano, descubriendo también sus experiencias pasadas en las Fallas de Valencia y en la Feria de julio. Era un ferviente admirador y visitante asiduo de Madrid y Barcelona, de Toledo, de Santiago de Compostela... de toda nuestra geografía, un enamorado del Museo del Prado y de la arquitectura gaudiana, convirtiéndose en un pregonero voluntario y entusiasta divulgador de nuestra cultura y tradiciones, de nuestras fiestas populares, y un estómago adicto e incondicional de la rica y variada dieta mediterránea, del buen vino y de todo cuanto nos caracteriza y es típico y representativo de esta tierra única que él tanto llegó a amar y sentir como propia.

A Jacek, como buen gourmet, le encantaba cocinar, tenía aptitud para los fogones. Sus amigos españoles de Barcelona y Valencia pueden dar fe de las ricas sopas agridulces, *Botwinka*, *Krupnik*, *Pomidorowa*... y los estupendos

guisos típicos de la mejor cocina polaca que solía prepararles con motivo de fiestas y celebraciones, aprovechando los productos originales de una tienda polaca de alimentación que habíamos localizado por la zona de Primado Reig, en Valencia, la cual asaltábamos esporádicamente para «atraerla» apuntando a sus dueños con la tarjeta de crédito. Los amigos españoles, siempre encantados de probar y paladear otros sabores diferentes y un punto exóticos.

De nuestro país le gustaban las recetas contundentes, de la más tradicional y recia cocina española, que además de riquísimas y ajustadas de precio, venían muy bien para combatir el tremendo frío de los duros inviernos polacos.

Sofía se preocupaba de enseñarle a preparar succulentos guisos de lentejas con chorizo, judías con oreja, tortillas de patatas y toda clase de paellas y arroces que él absorbía como una esponja y asimilaba con facilidad, y más tarde, poco a poco, con la práctica iba mejorando y dando a conocer entre sus familiares y amigos de Polonia nuestra sabrosa cocina, a los que invitaba a menudo a degustar el fruto de su ameno trabajo, llegando a inocular esta admiración culinaria en la sangre de muchos de sus compatriotas, junto a los buenos caldos. También el virus de la música española, el embrujo y el duende flamenco del que él mismo padecía. En su casa, se conservan todavía multitud de objetos típicos de España: discos, películas, carteles, posters turísticos, un porrón, un almirez, una paella, un soporte

jamonero..., todo, prueba inequívoca de su ardiente y saludable enfermedad llamada «Pasión por España».

Jacek asistía al *Instituto Cervantes* de Varsovia y a otras academias de idiomas para perfeccionar su conocimiento del español. En ellas conoció a varios profesores nativos de la Lengua Castellana, principalmente de Madrid y Barcelona, con los que trabó una buena amistad, y así retornaba a su papel de cicerone, descubriéndoles los lugares más recónditos y significativos de Polonia, ciudades y monumentos más representativos dignos de ser visitados, con los campos de concentración incluidos. Explicaba con vehemencia la Historia de su patria, las tradiciones y costumbres, así como su típica gastronomía de un característico sabor típicamente eslavo, y de paso, enseñando a saber apreciar la excelencia de un buen vodka.

Tras el fallecimiento de Jacek, ya de vuelta en España, algunas de estas personas que llegaron a tratarlo y apreciarlo de verdad, al conocer la terrible noticia y visiblemente afectados, no tardaron en contactar con nosotros para ofrecernos sus condolencias a fin de que Sofía se las trasladase a su madre y hermana, y aprovechaban la ocasión para comentarnos unas cuantas aventuras y anécdotas que incluían algún paseo a bordo del *Dar Młodzieży*, relatos que eran vividos y compartidos con nuestro sobrino durante su estancia laboral en Polonia, un hermoso y hospitalario país de gente amable y maravillosa al que siempre llevarán en el

corazón y que nunca podrán olvidar, y al que volverán encantados a la primera ocasión, según sus propias palabras.

Jacek se doctoró en Geografía y Meteorología, y fue vicerrector de la Academia de la Marina Mercante de Polonia, un personaje cosmopolita, políglota, inteligente, culto, solidario y humano, con una educación y un civismo impropio de estos tiempos. Un auténtico caballero que ha dejado multitud de amigos y amores por los puertos de medio mundo y una huella indeleble y un cariño imperecedero en todos cuantos lo conocieron, gracias a su inquieta y ajetreteada vida viajera, ya que fue profesor a bordo del *Dar Młodzieży*, el buque escuela de la marina polaca, similar a nuestro *Juan Sebastián Elcano*, añadiendo a todo ello sus constantes desplazamientos de trabajo, a fin de cumplir con los numerosos compromisos e invitaciones procedentes de universidades y academias de todo el mundo, con el fin de impartir charlas y cursos de seguridad de navegación en condiciones extremas de frío y hielo. Un programa que, al igual que otros manuales de su especialidad pensados para apoyo y refuerzo de sus alumnos, lleva su impronta, diseñado y desarrollado por él mismo, con muy buena acogida entre los profesionales del mar y en la comunidad del conocimiento, la ciencia y la innovación.

El 20 de diciembre de 2011, a la temprana edad de 48 años, un «cangrejo» avieso y maligno, un cáncer de pulmón, le quitaba la vida con cruel alevosía, fulminantemente, visto

y no visto, cercenando una fructífera vida de trabajos y estudios, de investigación y progreso en beneficio de la humanidad en general y de los hombres del mar en particular. Una vida truncada en flor, imposibilitando cualquier evolución de su obra. El fin de una brillante carrera profesional con una proyección y un futuro sin límites. Un espíritu elevado, en continuo proceso de formación y perfeccionamiento, un alma con innata vocación de investigador y docente. Era de esa clase de personas tan extrovertidas y volcadas hacia el exterior, tan entregadas a los demás, que a veces se olvidan de sí mismas. Gente que, sin esfuerzo aparente, de forma natural, vence y convence al contrario y al rival, contribuyendo a poner orden donde antes solo había caos.

Todo se perdió con su tránsito, todo a cambio de una medalla póstuma, un negro féretro envuelto en la impoluta bandera rojiblanca, la querida enseña de la patria, y el sonido de las notas amargas de un himno interpretado en su honor. Aquel día se despidió anunciando la temprana fuga de un furtivo sol llevando consigo secuestrada la tenue luz de un breve día del Solsticio de Invierno, un sombrío y brumoso día del mes de diciembre, acompañado de un doloroso y triste funeral de Estado.

Renata es una callada sufridora, una madre de las de antes, una desgraciada y resignada mujer que ha padecido mucho en esta vida. Su padre, un soldado de la *Wehrmacht*,